

las preocupaciones que los rodean, combatiendo las objeciones que los atacan, ganando almas para la virtud y acumulando actos meritorios y dignos, para alcanzar el ideal del inspirado de la Cueva de Manresa, encaminándolo y dirigiéndolo todo á la mayor gloria de Dios.



do lo que ha pensado.

Salida de los Ejercicios, es la explosión del sentimiento reprimido y del dolor sofocado, que se exhala en un grito fúnebre como el canto de la elegía, y ex-



I

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

TE prometí que te daría cuenta detallada de las impresiones que sintiera en los Ejercicios espirituales á los que, como sabes, entré casi con la convicción de que no podría soportar nueve días de encierro; y voy á cumplir mi promesa con una sinceridad tal, que te va á causar asombro. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que me encontré cautivada en lugar de fastidiada, inundada de gratisima felicidad, que no olvidaré nunca, en lugar de encontrarme un torrente de desaliento que pensé me iba á arrollar.

para el Retiro, me llamó la atención una casa que me era totalmente desconocida en su interior; pues sólo había ido á la Capilla del Sagrado Corazón, que la forma un salón de esta misma casa.

Casi puedo decir que entré por un capricho á los Ejercicios; pues como tú sabes, mis padres, prontos siempre á complacerme en lo que pide mi bienestar, no serían capaces nunca de forzar mi voluntad; y por consiguiente, si yo no he querido la invitación que hizo pública el señor Director de los Ejercicios, hubiera pasado hasta inadvertida en mi casa. Entré, pues ya sabes tú por qué entré; pero sí, no sabes ni te imaginas cómo salí.

¡Cuánto deseé que no te hubieras alejado de mí en estos días! Te quiero como á la mejor de mis amigas, y natural es el deseo en mí de que participes de mis dichas.

Podría concluir muy bien mi carta concretándome á decirte que me arrepiento de haber pensado con tanta ligereza en contra de este santo Retiro.

(Ya me parece que te veo reír, porque hoy llamo Retiro santo á lo que ayer creíamos tú y yo fastidio insupportable

do lo que ha pensado.

Salida de los Ejercicios, es la explosión del sentimiento reprimido y del dolor sofocado, que se exhala en un grito fúnebre como el canto de la elegía, y ex-

mos en torno del Padre Director cerca de la puerta principal de la Capilla. Se entonó un himno al Sagrado Corazón, que me pareció poco agradable y que

é inútil aglomeración de insustanciales rezos.)

Te decía antes que bien podría concretarme á asegurarte que los Ejercicios espirituales son algo así como flores del cielo, como brisas aromatizadas por los jardines de eterna primavera; que son música y cantos de querubes, y que, aunque tienen partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad, sin embargo, se convierten muy pronto en puras fuentejillas que bañan á el alma y llenan el corazón de inefable ventura. Pero no quedo satisfecha si no te expreso, aunque sea con pálidos reflejos, mis sensaciones en cada uno de los días de los Ejercicios.

Cuando llegué al edificio que sirvió para el Retiro, me llamó la atención una casa que me era totalmente desconocida en su interior; pues sólo había ido á la Capilla del Sagrado Corazón, que la forma un salón de esta misma casa.

Casi puedo decir que entré por un capricho á los Ejercicios; pues como tú sabes, mis padres, prontos siempre á complacerme en lo que pide mi bien-

En los momentos en que penetré al espacioso zaguán, el Padre Director recibía á las ejercitantes y veía su reloj en el único aparato de petróleo que, con mucha dificultad, resistía al aire que sopla con gran fuerza en esa casa, debido tal vez á que la parte única concluida de ella, que mira hacia el Sur, recibe de lleno el viento dominante en esta ciudad. El Padre ni me vió ni me sintió, de lo que yo me alegré, pues apenas le había saludado alguna vez y.... no lo conocía. Subí al segundo piso y se presentó á mi vista el negro manto de la noche en una extensión considerable, sembrado de estrellas, que me hacían descubrir las cumbres de la Sierra Madre como anillo de hierro, y los focos eléctricos que me presentaban los árboles de las huertas como horripilantes fantasmas.

Sentí el corazón angustiado y que mi voluntad se inclinaba á salir de allí lo más pronto posible. . . . Quise gritar lla-

mos en torno del Padre Director cerca de la puerta principal de la Capilla. Se entonó un himno al Sagrado Corazón, que me pareció poco agradable y que

mando á las personas de mi familia que me acompañaron, para decirles: «Decididamente me arrepiento de haber venido aquí; me vuelvo.» Poco faltó para que yo hiciera tal locura; ¡gracias á Dios que no la hice! cuando sentí que alguien se acercaba á mí, á la vez que veía descender emocionadas á P. y L., que debes figurarte con qué sentimiento de dolor se desprendieron de mí, y luego oí una voz que con afabilidad me decía: «No tema vd. ni se entristezca creyéndose abandonada; esté vd. segura de que jamás habría gozado de la verdadera dicha si no hubiera resuelto-se á venir á esta casa. Esté vd. tranquila y sepa que estoy completamente á sus órdenes.» Era el Padre Director quien me hablaba; no recuerdo qué respuesta le dí, pero debe haber sido algo que expresara mi contrariedad.

Seguí clavada de codos sobre la baranda del estrecho corredor del segundo piso. Sumida en mi abatimiento,

Casi puedo decir que entré por un capricho á los Ejercicios; pues como tú sabes, mis padres, prontos siempre á complacerme en lo que pide mi bienes-

apenas me di cuenta de los criados que subían y bajaban y del incontable número de personas que llegaron á fastidiarme. Creí de fijo que allí no había más muchacha que yo, y me acusé de haber cometido la más grande de las barbaridades.

¿Qué iba á hacer yo allí? El Padre con quien me confieso ni me ordenaba ni me evitaba los Ejercicios: seguro que no los necesitaba. Además, no me olvidé que mamá decía que los Ejercicios son para las personas de vida escandalosa, públicos pecadores, y como correctivo para los que no tienen remedio humano. Ya verás, querida mía, que no me podía contar yo en el número de estas personas. Pero allí estaba, y por lo menos la noche me veía obligada á que darme allí.

Por fin sonaron las ocho, y en seguida un timbre (que después me había de parecer del cielo) me crispó los nervios. Más de sesenta personas nos agrupa-

mos en torno del Padre Director cerca de la puerta principal de la Capilla. Se entonó un himno al Sagrado Corazón, que me pareció poco agradable y que me dejó tan fría como antes.

Penetramos á la Capilla cantando casi todas las ejercitantes, personas totalmente desconocidas para mí, pues con los pálidos reflejos de dos luces de cera que ardían en el altar y la de aceite de la lámpara, que alumbraban algo, pude ver que no se encontraba allí ninguna persona que me fuera conocida; bien es que conozco á muy pocas aquí, dado el cortísimo tiempo que hace vivo en esta Metrópoli; pero sí descubrí caras de algunas muchachas, y este descubrimiento me sirvió para alentarme algo.

El Padre Director nos dirigió una piadosa excitativa, la que escuché más por curiosidad que con religiosa atención. Ya sabes cuánto me gusta leer y cuánto me satisface oír hablar; de manera que puedo decirte que fui atenta

porque ya es tarde y el correo se va. Te prometo seguir contándote mis impresiones de los Ejercicios.

Tu amiga

ELVIRA.

para escuchar. Nada de lo que dijo el Padre me pareció mal, y sí se me grabó este pensamiento que dominó en su discurso: «*La mujer, que hizo al hombre perder su ventura en el Paraíso ofreciéndole el fruto prohibido, tiene que esforzarse por conquistarle el bien perdido, por medio de la virtud: la mujer caída hizo caer al hombre; la mujer virtuosa que lo levanta.*» Su excitativa pudo sin duda mostrar un campo de variadas flores, un edén de delicias inefables á los corazones bien dispuestos; pero al mío, frío, indiferente y contrariado en aquel momento, si no lo enfrió más, sí te aseguro, querida mía, que ni tantito le alentó.

Después de este discurso dijo el Padre: «Se prepara el punto para la meditación.» Me acordé entonces de aquellas tardes de Otoño en que juntas tú y yo meditábamos las rimas de Becker, ó algo de las novelas que hoy me avergüenza recordar y que entonces me llenaban de entusiasmo, produciéndome

darme allí.

Por fin sonaron las ocho, y en seguida un timbre (que después me había de parecer del cielo) me crispó los nervios. Más de sesenta personas nos agrupa-

esa vaga melancolía en que aprisionan á el alma y que tanto daño me hizo. . . . ¡Ah! amiga mía, ¡cuánto tiempo precioso hemos perdido en tonterías peligrosísimas!

El Padre Director, como te decía, anunció la preparación del punto que debía meditarse, y yo me preparé á aburrirme más.

¡Cuán necio es el orgullo del corazón humano, y cómo ciega á su dueño sin que éste lo comprenda! Los Ejercicios de San Ignacio dominan el orgullo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas. Oí por primera vez en mi vida esta exclamación: «Señor, dame á conocer mi fin,» dicha con una entonación afectuosísima y con una ternura indefinible, que me hizo pasar en un instante de la simple curiosidad á la reflexión, no diré profunda, pero sí bastante para cambiar en algo mi modo de ser.

No es posible hacerte ver cómo salí

porque ya es tarde y el correo se va. Te prometo seguir contándote mis impresiones de los Ejercicios.

Tu amiga

ELVIRA.

de la Capilla después de leído el primer punto de meditación, porque no sé si al conmovirme por primera vez se produjo en mí el cimiento sólido sobre que descansó mi total cambio en los Ejercicios, ó tan sólo fué una pasajera reflexión; lo que sí sabré decirte es que me acosté rendida de cansancio y con el propósito firme de á otro día, después de Misa, dejar aquella vida, que creí muy impropia para mi carácter y de ninguna utilidad, para mi edad y mi condición, pues que yo no pertenecía á las personas incorregibles de que hablaba mi madre.

A las cinco de la mañana el timbre y la voz de una señorita que repetía en cada aposento la jaculatoria que me llamó la atención en la noche, me despertaron, y hasta entonces me dí cuenta de que estaba fuera de mi casa. Los aposentos están seguidos unos de otros, y muy fácil me fué oír diez veces á la señorita que repetía la jaculatoria: «Señor, dame á conocer mi fin.»

darme allí.

Por fin sonaron las ocho, y en seguida un timbre (que después me había de parecer del cielo) me crispó los nervios. Más de sesenta personas nos agrupa-

tas,—*Si Tú me dejas,—Humildes quejas—
A presentar.*» — No pude más; canté con todas:

Corazón santo,

La voz dulce y llena de sentimiento tierno, acompañada con el timbre que poco á poco me fué pareciendo sonoro, llegó por fin á conmovirme en medio de aquel misterioso silencio. . . .

Bajé las escaleras y ya me encontré al Padre Director rodeado, como en la noche, de todas las ejercitantes, en actitud de comenzar el himno.

Comenzó el canto, el mismo que poco ó nada agradable le había encontrado y que ningún sentimiento devoto había llevado á mi corazón. No sucedió así en este momento, sino todo lo contrario: aquel canto me pareció del cielo y embargó desde luego mi alma de una dulce emoción

.....
No puedo continuar escribiéndote, porque ya es tarde y el correo se va. Te prometo seguir contándote mis impresiones de los Ejercicios.

Tu amiga

ELVIRA.